en el que nace el cristianismo, pero sin descuidar el contexto fijado por el mundo greco-romano. Aquí se mencionan escritos, corrientes de pensamiento, grupos religiosos y acontecimientos históricos. Después se aborda en directo la figura del Jesús histórico y del movimiento cristiano tras su Pascua, incluidas la actividad misionera de Pablo y la tradición joánica, hasta desembocar en el siglo II. Los últimos dos capítulos se detienen a analizar la unidad y pluralidad del cristianismo antiguo y a dar una breve noticia de los yacimientos arqueológicos relacionados con sus orígenes.

El libro está destinado de un modo particular a docentes e investigadores. Detrás de cada artículo hay toda una serie de trabajos y publicaciones que explican más en detalle las posturas de sus autores. Junto a los valiosos y actualizados datos que se aportan, nos encontramos también con hipótesis y reconstrucciones propias de quien busca legítimamente dibujar un cuadro lo más fiable posible de los siglos I-II del cristianismo. Algunas de ellas son matizables e incluso están discutidas por los colegas. Todas ellas han de ser leídas bajo

el prisma de una afirmación vital: el cristianismo no tiene su origen en la confluencia de una serie de circunstancias históricas, sino en la radical novedad de la persona de Cristo. A ésta podríamos añadir otras: la Sagrada Escritura es un testimonio cualificado de la Tradición de la Iglesia, en cuyo seno nace; la «pluralidad» del cristianismo primitivo, que de algún modo queda reflejada en los escritos bíblicos –y a la que quizá sería mejor llamar «riqueza»–, en ningún caso pone entre paréntesis la única verdad en la que el cristianismo está fundado, y de la que la (única) Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, es garante; etc.

La obra coordinada por Penna abarca los temas fundamentales en torno a la materia. Desde este punto de vista, es un instrumento especialmente útil para conocer la diversas posturas que se defienden hoy día; para hacernos más cargo de la naturaleza de la Sagrada Escritura; en fin, para poner de relieve la radical novedad del cristianismo y del mensaje que quiere hacer llegar a todos los hombres.

Juan Luis CABALLERO

TICONIO, *Libro de las reglas*, Introducción, texto crítico, traducción y notas de Juan José Ayán Calvo, Madrid: Ciudad Nueva («Fuentes patrísticas», 23), 2009, 351 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 978-84-9715-182-5.

La presente edición del *Liber regularum* –denominación que, por otra parte, no usa Ticonio– que nos ofrece el profesor Ayán Calvo tiene su origen en un trabajo ya iniciado por Eugenio Romero Pose, fallecido en 2007, y que éste no pudo ver acabado. Esta obra es realmente singular, y ha de comprenderse en su contexto histórico: la situación originada en el Norte de África

tras la persecución de Diocleciano, el horizonte eclesiológico del donatismo –corriente a la que perteneció Ticonio– y la Iglesia de los mártires. Aunque este autor nos es prácticamente desconocido, su *Libro de las reglas* –compuesto, según M. Simionetti, en torno al año 392– tuvo ciertamente una gran influencia en los primeros siglos de la Iglesia, ya sea de una forma di-

recta, ya sea mediada a través de autores como, por ejemplo, Agustín, Casiodoro, Isidoro o Beda. En su edición de esta obra, el prof. Ayán dedica las pp. 9-79 a unas extensas cuestiones introductorias, entre las que se incluyen consideraciones sobre el autor y su pensamiento, la influencia de la obra, la transmisión manuscrita, las ediciones, la bibliografía y las siglas. La edición del *Liber regularum* propiamente dicha se encuentra en las pp. 81-329.

En primer lugar, Ayán intenta dibujar un retrato del autor y de su contexto inmediato. Se supone, en resumen, que Ticonio fue africano de nacimiento, y que desarrolló su pensamiento a finales de la segunda mitad del siglo IV. Las escasas noticias que tenemos de él nos han llegado a través de San Agustín y de Genadio de Marsella. La crítica actual considera que era seguramente laico.

Por lo que respecta a su *Liber regularum*, podríamos encontrarnos ante el primer tratado de hermenéutica bíblica en lengua latina. Su estilo es parco, cincelado y minimalista. La obra de Ticonio no pretende, en todo caso, perfilar «un método científico de exégesis, basado en principios racionales claramente establecidos» (p. 35). De nuevo en opinión de M. Simonetti –y, de modo similar, de otros estudiosos como P. Bright o Ch. Kannengiesser– las reglas que expone Ticonio son «estructuras compositivas o modos de que se sirven los autores bíblicos y, en definitiva, el Espíritu Santo para exponer las ideas de modo oculto» (p. 36).

Una de las claves de comprensión de esta obra se encuentra, por tanto, en lo que Ticonio entiende por «reglas», las cuales no son unos procedimientos hermenéuticos o metodológicos pergeñados por él mismo, sino que son algo que ya existe en la Escritura, algo «místico» –en cuanto relacionado con el misterio–. Estas Reglas son siete: 1) El Señor y su cuerpo; 2) El

cuerpo bipartito del Señor; 3) Las promesas y la Ley; 4) La especie y el género; 5) Los tiempos; 6) La recapitulación; 7) El diablo y su cuerpo. Con éstas, a manera de llaves, se pueden abrir –o custodiar, velar, sigilar, como si se tratase de sellos– los misterios de las Escrituras divinas. En las pp. 39-44 resume el prof. Ayán el contenido de cada una de ellas. Quizá estas palabras suyas puedan ayudarnos a comprender mejor su naturaleza:

«Ticonio no pretende ofrecer unas reglas metodológicas, sino poner al descubierto siete principios fundamentales del actuar del Espíritu, reflejados en la Escritura y de los que no puede prescindir quien quiera comprenderla. Quizá incluso se pudiera dar un paso más y no verlas simplemente como procedimientos literarios del Espíritu, sino como siete principios que rigen el actuar de Dios en la historia de la salvación, sin que con ello queramos negar, sino subrayar, que de esos principios se derivan consecuencias y planteamientos hermenéuticos mediante los cuales Ticonio quiere salir al paso de las oscuridades presentes en la Sagrada Escritura» (p. 39).

Digamos, en conclusión, que nos encontramos ante una cuidada edición crítica, siguiendo la tradición de la colección «Fuentes patrísticas». En la introducción se hace un considerable esfuerzo por trazar la historia manuscrita del texto y por intentar arrojar luz sobre lo que Ticonio entiende por Reglas, ayudando así, indirectamente, a entender mejor la composición de la obra. Esta edición se hace especialmente interesante para todos los docentes de teología –especialmente para patrólogos y escrituristas–, y para los alumnos y el lector culto que quiera profundizar en la relación que los primeros cristianos tuvieron con las Sagradas Escrituras.

Juan Luis CABALLERO